

El sosiego de una mirada

Milagros Zatarain. Sala Luis de Ajuria. Eugenio Cabello. Sala Araba. Ana María Bermeo. Sala Independencia.

La mirada suele ser el principal cómplice del arte cuando sólo pueden sentirse ambiciones sosegadas. Y cuando la mirada se deja atrapar en los espacios impresionistas de Milagros Zatarain, el espectador siente el encuentro con el paisaje de silencios. Los lugares de la artista son, simplemente, penetrantes, sutiles y hermosos.

No es fácil explicar por qué intuimos, bajo esos lugares de evasión, el argumento de una pintora de grandes posibilidades expresivas; será quizá porque las claves escondidas facilitan el juego de la especulación, colmando la sed de sensaciones que persigue el inconsciente del observador. Milagros Zatarain no exige preguntas ni respuestas, no aporta, ni siquiera procura el encanto de lo que se intuye, únicamente alumbra belleza con sencillez.

La textura de sus cuadros es casi referencial, suficiente para dar jugosidad a las manchas de color. De la luminosidad y elegancia en la obra, novedosa en el tratamiento de las panorámicas urbanas, deducimos la pulcritud de las atmósferas. Llamamos nuestra atención los espacios vacíos que, marcando los ritmos lineales, dan limpieza al cromatismo y dotan de espontaneidad a la impresión de conjunto.

Desde la naturaleza cargada de intensidades, desde la intimidad de la figura humana o desde la sensibilidad de sus objetos, Milagros Zatarain nos muestra una pintura abierta por entero a los sentimientos.